

PARTE 1

**Algo Serio
Anda Mal**

Se Pierde el Sueño



*Los hombres se sienten fácilmente amenazados,
y cada vez que esto sucede,
cuando ya no se sienten a gusto en su interior
que no entienden, se retiran naturalmente
a una esfera de comodidad o competencia,
o dominan a alguien
o algo a fin de sentirse poderosos.
Los hombres se niegan a sentir
el horror paralizante y
humillante de la incertidumbre,
ese horror que los podría conducir a la confianza,
o que podría liberar en ellos el poder
para entregarse profundamente a una relación.
Como resultado, la mayoría de ellos se siente lejos
de todos y mucho más de Dios,
al tiempo que todos se sienten lejos de ellos.
Hay algo bueno que se detiene en los hombres,
pero que necesita seguir moviéndose.
Cuando el movimiento bueno se detiene,
el movimiento malo (retirada o dominio)
seguramente se desarrolla.*

Capítulo

1

Una Visión para los Hombres



Jabía estado casado por menos de dos años, y las cosas andaban muy mal. Se sentía perdido, confundido, enojado. De lo único que estaba seguro era de que deseaba hablar con su padre. Más que nada, anhelaba que lo entendiera, que estuviera con él, que lo mirara amablemente, con compromiso y respeto, que no lo sermoneara ni retrocediera.

Su padre siempre había sido su héroe, el modelo de todo lo bueno. Estuvo exitosamente casado durante treinta y cuatro años con su fiel madre, una mujer que nunca se quejaba y que siempre permanecía en casa. Podía recordar cuando expresaba su interés por trabajar en un hospital cercano para niños. Realmente le gustaban los chicos, pero su esposo siempre evadía el tema y con una amable reprobación le recordaba que era él quien mantenía a su familia.

Su padre también era un maravilloso ejemplo en la iglesia. Era anciano, servía mensualmente los elementos en la Santa Cena. Luchó por mantener el culto de oración y estudio bíblico a mitad de semana, cuando el nuevo pastor asociado sugirió que fuera sustituido por grupos en los hogares. Nunca

bebía (todos lo sabían), diezmaba fielmente, celebraba el altar familiar casi todas las noches y siempre mantenía a sus tres hijos bajo control. Siempre sonreía y glorificaba a Dios cuando a menudo le decían que "su familia daba un buen testimonio".

¿Por qué el viaje de veinte minutos hasta la casa de su padre le parecía tan largo? ¿Por qué su pecho estaba tan oprimido?

"Papá", comenzó, "Tengo que hablar contigo. Las cosas andan terriblemente mal en mi matrimonio. No sé qué hacer".

De nuevo la sonrisa, la misma que mantuvo a su madre en casa durante treinta y cuatro años. La misma que otros veían como manifestación de humildad. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de cuánto odiaba esa sonrisa.

Su padre respondió con dos títulos de libros, seguidos por la advertencia de que leyera Efesios 5, y por la sugerencia de que le encomendara todo al Señor.

"¡Pero, papá!", casi explotó. "He leído los libros, he estudiado Efesios 5, y he orado de la mejor manera que sé hacerlo. ¡Quiero algo más de ti!" Su padre se sentó, callado. La sonrisa se desvaneció y fue sustituida por una mirada matadora, una mirada que ya había visto antes, pero dirigida a él. Silencio. Después de un aterrador momento de tensión, su padre se levantó y, sin decir palabra, salió de la habitación.

"Esa fue la primera vez," admitió más tarde, "que me di cuenta de que mi padre era un hombre débil".



Me pregunto cómo sería ver a un hombre totalmente entregado a Dios.

Sobre la pared cercana al escritorio, en mi oficina, tengo colgadas y enmarcadas las palabras de D. L. Moody, en un lugar que me permite verlas todos los días:

El mundo todavía tiene que ver lo que Dios puede hacer con, para, a través, en y por el hombre que se ha consagrado total e íntegramente a Él. Haré todo lo que pueda por ser ese hombre.

Me encanta leer biografías, historias de hombres como Oswald Chambers, C. S. Lewis, John Knox, Jonathan Edwards, Agustín, Pablo y Jeremías. Al leer sobre sus vidas, me da la

impresión de que nuestras ideas modernas de la madurez masculina están muy lejos de lo que los hombres piadosos de las generaciones pasadas entendían y practicaban.

Actualmente hablamos mucho de cosas como la vulnerabilidad y el valor para sentir nuestro dolor. *Ellos* parecían interesarse más en adorar y testificar. *Nosotros* hablamos de comunicación honesta y vivir de acuerdo con nuestro potencial. *Ellos* caían de rodillas con quebrantamiento, y se levantaban para servir.

Me pregunto si aquellos hombres de antaño cuyas batallas más duras fueron contra todo lo que les impidiera conocer a Cristo obtuvieron, de forma natural, las virtudes que tratamos de desarrollar.

Nosotros nos reunimos en grupos pequeños para compartir nuestros sentimientos y discutir sobre principios para relacionarnos más íntimamente o para levantar la autoestima. *Ellos* hacían largas caminatas con hombres mayores que hablaban fácilmente de Dios y se ponían a orar sin previo aviso.

Durante su "noche oscura del alma" (que duró varios años), Oswald Chambers salió un día con John Cameron, un viejo amigo de Escocia, acompañados de dos perros. El propósito de la excursión era cazar conejos, pero cuando llegaron a un terraplén cubierto de hierba, Cameron sugirió que se detuvieran un momento para orar.

"Nos arrodillamos y él dirigió la oración", escribió Chambers. "Luego comencé a orar, pero el cachorro pastor escocés, que había estado completamente callado durante la oración del anciano, se imaginó que yo sólo servía para jugar con él, y comenzó a restregarse contra mí, a tocarme por todos lados con sus patas, a lamerme la cara y aullar con deleite. Cameron se levantó, lo tomó severamente por la nuca y me dijo: 'Vaya, vaya, yo me sentaré sobre el perro mientras usted ora'. Y lo hizo".¹

Los hombres religiosos de la actualidad muy a menudo han encontrado a un Dios conveniente, al Dios de utilidad inmediata que promueven los líderes que se llenan más con la emoción de las multitudes, que adoran, que con su oportunidad de tener una comunicación íntima con Dios. El pecado más perjurable en la historia de Israel fue cometido por el rey Jeroboam (véase 1 Reyes 12, especialmente los versículos 26-33)

quien le facilitó a su pueblo la adoración reduciendo a Dios a una deidad local visible. Lo hizo sólo para promover sus propias ambiciones, y le funcionó porque ganó a muchos seguidores y reinó en Israel durante veintidós años.

Las grandes multitudes pueden producir buenas cosas. Pero me asustan. La obra más perdurable y profunda de Dios ocurre con mayor frecuencia en el aislamiento, en un diálogo entre uno y otro, o en discusiones de grupos pequeños. Algunas veces su mejor obra comienza en grandes multitudes, pero lo que allí sucede se puede malinterpretar fácilmente como algo concluido, cuando es algo que apenas ha comenzado.

Las grandes multitudes nos ayudan a los hombres modernos a sentirnos hombres, ya sea que estemos animando a nuestro equipo de fútbol o proclamando el nombre de Jesús, porque manejamos nuestro vacío llenándonos con cualquier emoción que podamos encontrar. Las concentraciones enormes nos inflan con lo que pareciera ser una hombría auténtica.

Los hombres de generaciones pasadas libraron, durante años, batallas intensamente personales, que sólo se redujeron cuando ellos se rindieron totalmente a Cristo, y no cuando se sentían invadidos por una nueva pasión en una gran reunión, o cuando descubrían algo distinto acerca de ellos mismos mediante terapia. El gozo de encontrar a Cristo se liberaba cuando al quebrantarse por el pecado, ese quebrantamiento los conducía a la entrega en adoración a Dios. El conocimiento íntimo de Cristo se desarrollaba mediante la obra profunda del Espíritu de Dios, que a veces ocurría en las grandes multitudes, aunque con mayor frecuencia durante las largas temporadas de oración agonizante en soledad.

Se podría argüir que los hombres de hoy tienden a ser más sensibles, en términos de relaciones, que nuestros severos antepasados. Quizá sabemos más sobre como "conectarnos" con nuestra esposa, hijos y amigos. Tal vez estamos aprendiendo a ser verdaderos hombres, tiernos y fuertes a la vez, de formas en que los hombres mayores nunca entendieron claramente.

Al movimiento de consejería moderno se le puede adjudicar una porción considerable del crédito por ese buen efecto.

Pero cualquiera sea la ganancia que hayamos obtenido en la sociedad moderna, a ésta se le ha quitado su valor en gran

medida, porque la mayoría de nosotros ha perdido la profundidad de la conexión con Cristo que sólo se da mediante un sufrimiento inexplicable, un quebrantamiento atroz, y un profundo arrepentimiento.

Este libro es un llamado a regresar a las antiguas sendas; no a renunciar a las buenas lecciones que el pensamiento cristiano moderno nos ha enseñado. Es un llamado a regresar a un enfoque mucho más fuerte: a encontrarnos a nosotros mismos perdiéndonos en Cristo. Me gustaría ver que dejamos de lado los esfuerzos por resolver nuestros problemas, sanar nuestro dolor y recuperar nuestro valor personal. Quiero desocupar el escenario para que Cristo llene la parte iluminada por el reflector; quiero que fijemos nuestra atención de una forma tan completa en su belleza y poder, que todos los demás pensamientos sean perfumados con su fragancia.

Adorarlo, orarle, buscarlo ávidamente a través de las Escrituras, humillándonos ante Él con quebrantamiento por nuestro orgullo y devoción fría, esperando en Él para que nos llene con su Espíritu, sirviéndole con un propósito determinado y una pasión que consuma a los demás. Éstas son las sendas antiguas a las que debemos regresar.

Al ir leyendo este libro, no pierda de vista una sencilla verdad: *La única forma de ser masculinos es siendo, primero, piadosos.* En nuestros días, los hombres buscan más la hombría que a Dios. Muchos hombres cometen el error de estudiar la hombría y tratar de practicar lo que aprenden, sin prestarle la suficiente atención a su relación con Dios. ¿Realmente amamos a Cristo, o nuestra pasión es más inventada y vacilante que genuina y constante? ¿Estamos creciendo en una santidad que acerca a otros (particularmente a nuestras familias) a Cristo, o exhibimos una efervescencia, y practicamos una conformidad, que simplemente impresiona a otros con nuestro celo?

Ronaldo era parte de un grupo de hombres que temprano en la mañana se reunía semanalmente en su iglesia, para hablar acerca de batallas con la lujuria, tensiones en el hogar, preocupaciones en el trabajo. Oraban y cantaban juntos, se abrazaban y algunas veces lloraban, eran responsables de rendirse cuentas unos a otros. Ronaldo siempre salía de esas reuniones motivado y listo, como un hombre, para medirse con su mundo. No pudo sentirse más sorprendido cuando su esposa le

pidió un día que dejara de asistir al grupo, porque a ella no le gustaba el efecto que éste producía en él. Sentía que salía más excitado que tierno, más resuelto a hacer lo correcto que a ocuparse de su familia y amigos.

Nuestros mejores esfuerzos por volvernos varoniles nunca producirán la auténtica hombría hasta que crezca un sentido perenne de adoración en nuestro corazón. Y si pensamos que encontrar a Cristo es algo que podemos hacer en un seminario de fin de semana, entonces nuestra adoración será poco profunda. Para encontrar a Cristo necesitamos librar una larga batalla que aplaste nuestro orgullo y nos conduzca, mediante la desesperación, al gozo inmanejable de la llenura del Espíritu, y luego nos lleve de regreso, mediante una desesperación más oscura, a un gozo aún más brillante. Los hombres que evitan esa batalla sólo experimentan un arrepentimiento superficial. Su compromiso real será con cosas que verdaderamente no importan. Nunca desarrollarán una pasión capaz de tocar el corazón de otra persona con el amor que da vida.

Ronaldo se alejó del grupo. Comenzó a reunirse para desayunar con un caballero mayor de su iglesia en quien se había fijado durante años, pero al que nunca había conocido. Al escucharlo orar muchas veces en la iglesia, notaba que lo hacía en forma diferente. Parecía conversar íntimamente con un amigo muy amado. Durante casi cuatro meses, Ronaldo se reunió con ese hombre, algunas veces cada semana. Le pedía que le hablara de su vida, su matrimonio, su relación con Dios. El hombre siempre traía su Biblia y a menudo la abría con la emoción de un abuelo que saca las fotos de su primer nieto. Cuando ya no pudieron reunirse con regularidad, la esposa de Ronaldo se sintió decepcionada.

Los hombres que aprendan a fascinarse más con Cristo que con ellos mismos se convertirán en los varones auténticos de nuestros días. Los hombres de esta generación deben aprender a calcular el costo de seguir a Cristo (que se puede calcular fácilmente: todo lo que tenemos). Debemos sentir el vacío de nuestras almas hasta que ningún costo parezca demasiado alto si nos pone en contacto con Él; debemos resistir la influencia de una cultura "cristiana" que valora más el descubrimiento del yo y la realización de las ambiciones propias que nuestro sometimiento a Dios. En otras palabras, debemos preocuparnos

más por conocer a Cristo que por encontrarnos a nosotros mismos.

Si todo esto llegara a ocurrir, dentro de treinta años más hijos podrían encontrar, en la generación mayor, ejemplos de hombres varoniles piadosos. Ellos podrían ser atraídos a buscar a Dios con todo su corazón y con toda su alma, debido a la consistencia poderosa y al amor libre de amenaza que verán en nosotros.

Tengo un sueño. Sólo el tiempo dirá si es verdaderamente de Dios, y creo que lo es.

Mi sueño es realmente muy simple. Cuando miro hacia los años futuros, veo a unos cuantos grupos diseminados por aquí y por allá, a través del paisaje cristiano, en los que *el carácter piadoso y la sabiduría espiritual serán más honrados que los títulos y destrezas, y más valorados que los logros o la competencia.*

Veo a una comunidad de gente luchadora, plagada con todas las enfermedades que provienen de vivir en un mundo que nunca se pretendió que soportáramos, una comunidad que lucha contra inclinaciones e impulsos que nunca se pretendió que sintiéramos. Veo a personas cuyos matrimonios son horribles, con hijos que han echado por tierra su esperanza de una familia feliz, con sus emociones fuera de control, que pasan noches terriblemente largas, aterrados por los recuerdos de una niñez con abusos indescriptibles. Tan heridos por el rechazo que pareciera que el corazón les está siendo arrancado de su pecho, odiándose a sí mismos por los impulsos sexuales pervertidos que braman dentro de ellos, al punto de casi renunciar a toda esperanza bajo el peso de una soledad infinita.

En mi sueño veo a estas personas haciendo algo, que hoy, muy pocas están haciendo en la vida real. Las veo despreocupadas por la oficina con la placa que anuncia a un profesional cuya capacitación garantiza la competencia técnica, pero no el carácter piadoso. Las veo regresando libros a los estantes de la librería cristiana. Libros con carátulas que prometen falsamente ahora lo que sólo el cielo proveerá más tarde. Las veo tomar un volante que promueve el seminario del que todos hablan, al que le dan una mirada y luego dejan.

Pero también las veo llegar a la sala de la viuda solitaria; abrirse paso a la cafetería para pasar un par de horas con el viudo cansado; tocar a la puerta del estudio donde espera

alguien vestido de humildad y ávido del cielo. Las veo esperar a alguien que es fiel al señalar a Cristo cálidamente y sin cohibiciones.

Me imagino a una generación sin tanta escasez de consejeros, en la que los pastores y ancianos de nuevo sean tenidos en gran estima porque pastorean y se desempeñan como ancianos, una generación en la que a los líderes cristianos ya no se les pida que dirijan ministerios de la forma en que los ejecutivos construyen las corporaciones, sino que más bien sean reverenciados como hombres de influencia piadosa. Si miro fijamente mi sueño, puedo ver un ejército de mujeres y hombres sabios distribuidos entre el pueblo de Dios, armados sólo con un discernimiento afable y sabiduría penetrante, cualidades del carácter forjadas en el fuego del sufrimiento. Éstos son los que han pagado un precio que pocos están dispuestos a pagar, y lo han pagado continuamente durante años, sin descanso. Estos hombres son PADRES, éstas mujeres son MADRES, gente piadosa cuya quieta presencia se siente y valora.

Una joven pareja me escribió desesperada. "Hemos estado casados por seis años, y simplemente no funciona. ¿Conoce a algún buen terapeuta cristiano en su área?"

¿Por qué aquella pareja me escribió a mí, un psicólogo profesional autorizado y entrenado, en vez de pedirle a un anciano de su iglesia que se reuniera con ellos? ¿Les atrajo mi título? ¿Mi carácter? ¿Por qué la mayoría de la gente con problemas piensa inmediatamente en conseguir "ayuda profesional"? ¿Por qué no se dirigen a hombres y mujeres cristianos sabios? Ante la necesidad de ayuda por ataques de pánico o luchas sexuales, la mayoría de nosotros no consultaría con un anciano de nuestra iglesia, por la misma razón que no le pediría a un pastor que le hiciera un trabajo de endodoncia. ¿Por qué?

Nuestra cultura se ha tragado la mentira de que los problemas personales no son de naturaleza diferente a los problemas físicos. En ambos tipos de problemas, pensamos que algo anda mal y que sólo puede ser arreglado por un experto cuyo entendimiento sobrepase la sabiduría que proporciona la Biblia. Hemos perdido completamente de vista el hecho de que todo problema no físico es, en esencia, un problema moral,² que radica en la relación de la persona con Dios.

Por lo tanto, hemos producido una generación de terapeutas,

alguien vestido de humildad y ávido del cielo. Las veo esperar a alguien que es fiel al señalar a Cristo cálidamente y sin cohibiciones.

Me imagino a una generación sin tanta escasez de consejeros, en la que los pastores y ancianos de nuevo sean tenidos en gran estima porque pastorean y se desempeñan como ancianos, una generación en la que a los líderes cristianos ya no se les pida que dirijan ministerios de la forma en que los ejecutivos construyen las corporaciones, sino que más bien sean reverenciados como hombres de influencia piadosa. Si miro fijamente mi sueño, puedo ver un ejército de mujeres y hombres sabios distribuidos entre el pueblo de Dios, armados sólo con un discernimiento afable y sabiduría penetrante, cualidades del carácter forjadas en el fuego del sufrimiento. Éstos son los que han pagado un precio que pocos están dispuestos a pagar, y lo han pagado continuamente durante años, sin descanso. Estos hombres son PADRES, éstas mujeres son MADRES, gente piadosa cuya quieta presencia se siente y valora.

Una joven pareja me escribió desesperada. "Hemos estado casados por seis años, y simplemente no funciona. ¿Conoce a algún buen terapeuta cristiano en su área?"

¿Por qué aquella pareja me escribió a mí, un psicólogo profesional autorizado y entrenado, en vez de pedirle a un anciano de su iglesia que se reuniera con ellos? ¿Les atrajo mi título? ¿Mi carácter? ¿Por qué la mayoría de la gente con problemas piensa inmediatamente en conseguir "ayuda profesional"? ¿Por qué no se dirigen a hombres y mujeres cristianos sabios? Ante la necesidad de ayuda por ataques de pánico o luchas sexuales, la mayoría de nosotros no consultaría con un anciano de nuestra iglesia, por la misma razón que no le pediría a un pastor que le hiciera un trabajo de endodoncia. ¿Por qué?

Nuestra cultura se ha tragado la mentira de que los problemas personales no son de naturaleza diferente a los problemas físicos. En ambos tipos de problemas, pensamos que algo anda mal y que sólo puede ser arreglado por un experto cuyo entendimiento sobrepase la sabiduría que proporciona la Biblia. Hemos perdido completamente de vista el hecho de que todo problema no físico es, en esencia, un problema moral,² que radica en la relación de la persona con Dios.

Por lo tanto, hemos producido una generación de terapeutas,

un ejército de consejeros entrenados para luchar con problemas que poco entienden, porque han pasado más tiempo en las aulas volviéndose expertos que en la presencia de Dios convirtiéndose en ancianos. Hemos perdido interés en el desarrollo de consejeros, hombres y mujeres sabios que sepan cómo llegar al verdadero fondo de las cosas, y que tengan el poder para hacer que influyan recursos sobrenaturales en lo que anda mal.

Si mi sueño se vuelve realidad, toda nuestra cultura cambiará. Al igual que un terremoto cambia dramáticamente el paisaje, así lo hará mi sueño. Si se realiza, alterará profundamente nuestras instituciones más queridas. Hará añicos nuestros supuestos más atrincherados sobre cómo debemos vivir nuestras vidas.

Todo lo que no es material cambiará. Por supuesto, las cosas que se basan en hechos científicos y en procedimientos probados empíricamente, no serán afectadas. Las técnicas para hacer cirugías y los planes de ingeniería para construir rascacielos no serán cambiados por la revolución que visualizo, tampoco cambiará el uso legítimo de los medicamentos para los ataques de pánico, desórdenes obsesivo-compulsivos y algunos casos de depresión.

Pero sí se alterará radicalmente la forma en que nos ocupemos de la iglesia, en que influyamos vidas, en que brindemos liderazgo social y moral, en que vivamos juntos en familia y en comunidad.

Las celebridades se nublarán. Unas cuantas oraciones de un anciano significarán más que todos los secretos para vivir eficazmente, compartidos por un comunicador aclamado en un seminario de fin de semana. Los grandes eventos "cristianos" se limitarán al evangelismo o la oración significativa, a la adoración apasionada o la instrucción bíblica. La gente anhelará más pasar noches en el hogar de un consejero, que la oportunidad de asistir a una concentración de motivación. Sabrán que lo primero tiene más poder para cambiar vidas que lo último, y los banquetes de premiación de la comunidad cristiana serán menos parecidos a los eventos de Hollywood. A las personas se las honrará, humillándolas significativamente en vez de enaltecerlas y hacerlas sentir más importantes debido a sus logros. Nadie competirá con Cristo por los más altos honores.

En mi sueño, veo:

A UNA GENERACIÓN DE CONSEJEROS, ancianos sabios a quienes se valorará más que a los especialistas capacitados para ayudarnos a responder los desafíos de la vida. Mujeres y hombres piadosos cuyo poder y sabiduría llegarán más profundamente a nuestras almas que el conocimiento y destreza de un experto.

Para que mi sueño se vuelva realidad se requerirá de un milagro de Dios, no la clase de seudomilagro sensacionalista que enciende un *movimiento*, sino la variedad sólida, profunda, que puede comenzar una *reforma*. Hemos tenido suficientes movimientos, suficientes acontecimientos que crearon una enorme cantidad de seguidores y llegaron a los titulares. Pero por bastantes años no hemos tenido una reforma la cual, tal vez, ya sea tiempo de que ocurra.

Mi sueño se reduce a una oración tan sencilla como profunda: *Si los hombres llegan a ser hombres, el mundo cambiará*. También es cierto que si las mujeres llegan a ser mujeres, el mundo cambiará. Se podría escribir un libro, y debería hacerse, acerca de un sueño paralelo, un sueño sobre mujeres mayores que se convierten en madres, y mujeres jóvenes que aprenden a ser hermanas. Un libro así, que trate sobre madres y hermanas espirituales, sería el compañero apropiado para este libro acerca de padres y hermanos espirituales.

En mi sueño, los hombres mayores actuarán como padres y los jóvenes como hermanos. Cuando alrededor del mundo los hombres *recuperen su voz, liberen su poder y vuelvan a capturar el gozo* de seguir el llamado de Dios para llegar a ser hombres auténticos, la naturaleza misma de la comunidad cristiana cambiará. Ese es mi sueño.

Pero estoy preocupado por aquellas cosas que deberían tranquilizarme. Me preocupa la cantidad de atención que está recibiendo este tema de la hombría. Me preocupa que cualquier cosa buena que se esté desarrollando sea erosionada por un revés venidero, cuando el movimiento de los hombres se exponga como una edificación sobre arena.

Me preocupa que no estemos enfrentando los terribles problemas que hay dentro de nosotros y que desfiguran nuestra hombría, problemas que sólo una larga y dolorosa cirugía puede curar. Me preocupa que hayamos apuntado demasiado bajo.

que estemos persiguiendo algo demasiado fácil de alcanzar, y que el centro de las cosas no sea un amor intensificado por Cristo.

Quizá nos estamos contentando con una falsificación de la hombría auténtica. Algunas veces pienso que esta idea de "convertirse en verdaderos hombres" se ha reducido a una novedad cultural, apenas a un *movimiento* acompañado por elementos comunes como la emoción de las grandes multitudes, la esperanza de nuevas fórmulas, la inspiración de desafiantes oradores, la determinación de compromisos gritados y las ideas de los gurúes actuales.

Lo que *no* necesitamos es una explosión temporal de resolución y pasión. Lo que *sí* necesitamos es una reforma, aquella obra profunda de Dios marcada por repetidos ciclos de quebrantamiento, arrepentimiento, perseverancia y gozo. Necesitamos que Dios nos dé el poder para entrar en el misterio de las relaciones a un nivel de conexión dadora de vida que nunca podrán producir el entusiasmo y las frases hechas. Necesitamos rendirnos a Cristo de una forma que libere todo lo que su Espíritu ha puesto en nosotros.

Debemos descifrar el costo de llegar a ser hombres hasta que el atractivo de cualquier cosa menor haya desaparecido y sólo quede el llamado de Dios.

Si vamos a llegar a ser una generación de consejeros y a tener una cultura llena de hombres de carácter y sabiduría, que puedan dirigir la próxima generación hacia la verdadera piedad, entonces debemos pensar detenidamente en cómo serán los hombres cuando Cristo sea formado en ellos.

En una época en la que está en su apogeo la habilidad de Satanás para entusiasmarnos con una falsificación de lo real, y como tenemos la probabilidad de confundir una senda cómoda y angosta con la que es aún más estrecha, debemos comenzar con una idea clara de cómo es el milagro de la hombría.

¹ *Oswald Chambers: Abandoned to God* (Oswald Chambers: *Entregado a Dios*), una biografía por David McCasland (Grand Rapids: Discovery House Publishers, 1993), Pp. 74-75.

- ² No creo que todos los problemas personales sean el resultado directo del pecado deliberado y personal que se puede curar obedeciendo más. Véase *Finding God (Encontrando a Dios)* donde se discuten mis puntos de vista sobre el tema.